

AFGANISTAN TRAS EL RETIRO SOVIETICO

ADIOS IVAN

A sólo una semana de iniciado el retiro soviético, la guerrilla afgana, aunque dividida en múltiples facciones, encara una nueva ofensiva. La URSS, que sufrió 15.000 bajas, se enfrenta ahora al problema de los veteranos y a una sociedad que durante mucho tiempo ignoró lo que sucedía en Afganistán.

Por Asja Lichtestein

il manifesto de Roma

Dima Borozshanov tiene veinte años y es alumno de la Academia Cinematográfica de Moscú. Hace unos meses, un colega le comentó que Mosfilm planeaba hacer una película sobre la cuestión de Afganistán. Desde entonces, no hizo otra cosa que pensar en eso. El debía formar parte —a cualquier costo— del equipo que realizaría ese film.

"Ellos no me eligieron —ni siquiera pensaron que yo había vivido esa experiencia— pero seguí insistiendo, hasta que me incluyeron." Lo cuenta con orgullo, mordiéndose continuamente el labio inferior.

"Sentía la necesidad irresistible de participar en este trabajo, de contar yo cómo se vive, qué siente el soldado soviético en Afganistán. Es mi experiencia. Y era yo quien tenía que contarla."

Dima regresó de Afganistán hace un año. Había pasado dieciocho meses, de sus dos años de reclutamiento, en las montañas afganas.

"Antes solía pasar mis vacaciones en las zonas montañosas, pero ahora ese panorama tomó otro significado para mí y al cabo de media hora me invade la angustia. Esta —dice— es la única pesadilla que se sigue manifestando todavía con intensidad después de un año de mi regreso. En cambio, los primeros meses no podía dormir de noche, tenía pesadillas constantemente. Seguía viviendo la tensión de una guerra sin tregua, contra un enemigo que no veía casi nunca, pero que siempre estaba al acecho. Al principio no lograba volver a ambientarme. De tanto en tanto, sentía enormes deseos de regresar junto a mis compañeros, los que quedaron allá y a los cuales me sigo sintiendo muy ligado. Después, cuando recomencé los estudios, fui olvidando, en parte", comenta.

"Pero mi pasión por Afganistán —agrega— permaneció latente y mi primer guión estará dedicado a ese país. No sólo mi experiencia como *Shuravi* (así llaman a los rusos en Afganistán). Quiero contar cómo vi yo ese país, distinto del mundo que siempre conocí, qué efecto me producía ver los pueblos hechos con carpas, la gente vestida de otra manera, las chicas de piel oscura y de ojos negros. Yo estaba acostumbrado a las rubias."

Dima sigue convencido de que la interven-



ADIOS IVAN

ción soviética en Afganistán ha sido justa, que fue una respuesta a un llamado de ayuda. Era justo brindar "ayuda internacional" a un país lindero amenazado por la "contrarrevolución". Pero ahora le parece que ha llegado el momento en que los afganos deben arreglarse solos. Está de acuerdo con la línea política soviética que intenta acelerar el retiro de Afganistán, aunque comprende a algunos de sus amigos que, por el contrario, quisieran retornar de inmediato allí para seguir viviendo una situación de guerra. Sabe que resulta difícil comprender ese deseo y trata de explicarlo contando sus sensaciones y experiencias vividas.

A los pocos meses de haber llegado a Afganistán cayó enfermo, afectado de hepatitis virósica. Trasladado a un hospital de la Unión Soviética, recibió la visita de su madre. Para ella fue terrible verlo en la cama de un hospital. Sin marido, con dos hijos, se aterró al darse cuenta, en aquel hospital, de que habría podido perder a su hijo en la guerra. Constantemente repetía: "Tenemos que hacer todo lo posible para que no te envíen nuevamente allí". Dima no entendía la reacción de su madre, él no hacía otra cosa que pensar en curarse y regresar de inmediato junto a sus compañeros. "Cómo no volver, si dejé allí a mis compañeros combatiendo, arriesgando sus vidas. No podría volver a mirarlos más a la cara si no volviera lo antes posible."

La madre, aunque no lograba entender a Dima, no opuso resistencia a su voluntad. Sólo allí, en ese hospital, fue donde la madre de Dima se dio cuenta de que su hijo había sido enviado a la guerra.

La pesadilla de la paz

Según la ideología oficial, entre 1979 y 1985 en Afganistán no existía la guerra. Ningún diario soviético había hablado jamás de ese hecho. Oficialmente, los soldados soviéticos habían sido enviados a Kabul sólo para garantizar la paz, amenazada por algunos *Dushmani*, nombre dado en pashtu a los rebeldes y cuyo significado era: *enemigos*. A esto se debe también que muchos repatriados no logran volver a ambientarse en la vida social soviética: no se los comprende, no se les cree. "Todavía hay muchas personas que no quieren aceptar la gran diferencia entre la realidad vivida por los soldados enviados a Afganistán y lo que la prensa oficial escribía hasta hace pocos meses." Dima, al igual que muchos otros jóvenes que tuvieron su misma experiencia, quedó marcado por la guerra. Por el fuerte lazo con sus compañeros, sentimientos nacidos en una situación de extremo peligro, por su existencia juvenil reducida a la lucha por la supervivencia.

Afirma que allí estrechó lazos de amistad profunda, que jamás antes había conocido en casa, durante la paz.

Dima es un ejemplo positivo, que retomó su lugar continuando sus estudios en la Academia Cinematográfica. Logró recuperar la experiencia realizada en el trabajo intelectual que hace en la actualidad. En cambio otros, muchos otros, no logran superar la pesadilla del regreso. Una vez que han llegado a su país, tienen derecho a tomarse vacaciones durante los tres primeros meses de su arribo, y luego deben reintegrarse al trabajo o reanudar los estudios. Muchos recurren a la droga, al alcohol, para olvidar los recuerdos de la guerra. Otros piden ser enviados de vuelta a Afganistán, otros se suicidan. No son episodios aislados, cuenta *Sobesednik*, el suplemento semanal del diario de la juventud comunista, en su ejemplar del 14 de enero.

Ahora se ha creado una clínica especial donde los veteranos de Afganistán se someten a curas de desintoxicación. "La mayor parte de los jóvenes que llegan —dice un médico de la clínica— *sufren* de recuerdos de guerra que les hacen desear un regreso inmediato al frente de combate." "Allí, no veíamos la hora de regresar a nuestro país —cuenta Nikilai Fotiev, condecorado con la Orden de la Estrella Roja y la medalla 'al valor', antes de regresar a casa, en 1984—. Ahora, tenemos la sensación de haber dejado allí las cosas que nos resultan más cercanas."

Sabe que muchos veteranos son ahora toxicómanos y los entiende. "Muchos se enferman de un mal incurable. Después de haber vivido la guerra, no logran vivir en la paz."

Hace un año —cuando en algunos diarios se comenzaba a hablar del problema de los soldados soviéticos en Afganistán— Volodia contaba: "Jamás digo a nadie dónde estuve, porque si lo hago, la gente se aleja y me trata como si fuese un animal raro. A veces tengo la impresión de que apenas digo que he combatido en Afganistán, la gente me mira con recelo, como si fuese un criminal escapado de la cárcel". El privilegio que le dieron cuando regresó a casa está representado por un carnet que le permite comprar cosas mejores que las que están a la venta en los negocios comunes y lo exime de hacer colas cuando va al *univermaf* o al *gastronom*, al cine y al teatro.

"Trato de no usarlo casi nunca. Ya tuve una experiencia desagradable con este carnet. Una vez que lo usé fui insultado por las otras personas que hacían cola y hasta hubo algunos que quisieron pegarme."

Vigilar y castigar

Muchos veteranos que regresaron a su país al cabo de dos años, lapso en el cual la sociedad soviética conoció nuevas aperturas, se muestran escandalizados ante el "desenfrenado consumismo" que ha invadido a la sociedad y la corrupción, denunciada cada vez más frecuentemente.

Y es así que decidieron constituirse en verdaderas bandas de "vigilantes" que supuestamente volverán a implantar el orden y la moral en el país. Este no es un fenómeno circunscripto sólo a algunas regiones, sino que por el contrario se desarrolla en modo preocupante, abarca tanto Siberia como los Urales, Moscú y Ashkhabad. Hasta las autoridades han comenzado a preocuparse. Estos grupos semiclandestinos practican el mito de la fuerza y de la preparación física. Los repatriados dan lecciones de karate a los nuevos reclutas y por la noche van a hacer "justicia".

Sus *blancos* preferidos son los hippies, los rockeros, los punk, aunque tampoco desdeñan a "los corruptos". El diario de la juventud comunista informaba sobre episodios de violencia en varias ciudades del país. En Moscú, actuaba, hasta hace pocos meses, un grupo "por la ley y por el honor". En un principio se formó para ayudar a los familiares de los soldados muertos en Afganistán. Pero al mismo tiempo se propuso otros objetivos: trataba de "desenmascarar" a las personas que actuaban en el *underground*.

En nombre de la deserción

La *glasnost* que comienza a implicar a Afganistán y sus repercusiones en la sociedad soviética sacó a la luz también otro aspecto del problema que no concierne a los veteranos, sino a muchos jóvenes que están en edad de hacer la conscripción: la deserción del servicio militar.

Parece que el reclutamiento para hacer la conscripción se convirtió en una gran pesadilla también para los jóvenes soviéticos y alcanzó cifras alarmantes, según señala el diario del partido, *Pravda*, que dedicó a este tema una amplia cobertura a fines de mayo del año pasado, aunque sin encontrar hasta ahora el modo adecuado para afrontarlo, entenderlo o resolverlo. Para *Pravda*, la deserción no es cosa de "hombres". Aunque este mismo concepto no parece ser compartido por muchos "hombres" —era el mismo diario el que lo denunciaba— que prefieren recurrir a prácticas "inmorales con tal de no asumir sus deberes".

El ejemplo dado era el de Sojun Peruijasov —ciudadano turkmeno— que se había inscripto como *Sojingul*, nombre de mujer. En la Unión Soviética, la lista de los muchachos que deben hacer el servicio militar se recopila de las listas registradas en las escuelas y lugares de trabajo. De modo que basta con "comprar" al responsable que redacta las listas. Es un *método* al cual recurrían muchos "varones", según comentaba el redactor de *Pravda*. Pocos días después, se publicó la carta de un padre que trató de evitar que su segundo hijo hiciera el servicio militar, "después de la muerte de mi primer hijo en Afganistán probé por todos los medios que no se asignara a mi segundo hijo el mismo destino —escribía desesperado el hombre—. Pero no lo logré y tuve que agregar otra cruz en la lista de mi familia".

En la última fase de la guerra los desertores fueron cada vez más numerosos y no comprendían sólo a los jóvenes de las repúblicas islámicas, porque eran reclutados sobre todo de las repúblicas del norte, decisión que se tomó para frenar las protestas por la participación religiosa manifestada en las repúblicas asiáticas y caucásicas, donde viven unos 50 millones de musulmanes: los tagiki, los uzbeki y los kazaki. El diario *Kommunist Tagiskstana* informó sobre la intervención del responsable de la KGB local, quien habló sobre la deserción al servicio militar como un fenómeno que alcanza a un número preocupante de jóvenes. También se refirió a la propaganda clandestina de la religión musulmana y de los llamados a la "guerra santa" contra el poder soviético. Según lo declarado por Vladimir Petkel, en los años '86 y '87, en la región de Tagikistán se procesó a decenas de jefes musulmanes clandestinos que instigaban a la deserción al servicio militar, porque de otro modo hubieran ido a combatir contra sus "hermanos musulmanes". Los tagiki pertenecen a la misma raza y hablan el mismo idioma que los afganos. Sin embargo, por motivos que no son religiosos, en las repúblicas soviéticas europeas comienzan a multiplicarse los "oradores". Si bien no hay números —además jamás se informó sobre el número de soldados que fueron a Afganistán durante estos últimos nueve años—, la atención con la cual se observa el fenómeno permite intuirlos.

Ya está muy distante el 24 de octubre de 1986 y las imágenes alegres que la televisión transmitía entonces. Era el día del regreso de 8000 soldados de Afganistán. Marchaban sonriendo, con sus uniformes pulcros, bien armados, felices de haber cumplido con su deber "internacional". Entonces fueron recibidos por el pueblo soviético con gratitud y en las regiones kolkosi y sovkosi las calles principales estaban vestidas de fiesta, con banderines, estrellas rojas y luces de artificio.

En el '86, estos ocho mil *shuraki* fueron festejados y acogidos con amor: habían combatido para ayudar a los amigos de un país lindero, habían combatido para rechazar el ataque que el imperialismo hacía a un pueblo amigo, aunque extranjero.


AFP

LA GU



LOS DIAS D

1978

—27 de abril: el príncipe Mohamme Daud es derrocado y asesinado. Un co sejo revolucionario presidido por el líde comunista Mohammed Taraki toma poder. Los enfrentamientos provocan tre mil muertos. Babrak Karmal es nombra do viceprimer ministro y una resistenci islámica toma las armas.

1979

—Marzo: alzamientos en la región d Hérat, con un saldo de aproximadamen te treinta mil muertos. Hafizullah Ami es nombrado primer ministro.

—16 de setiembre: golpe de Estado d primer ministro Hafizullah Amin y ase sinato del jefe de Estado, Mohamme Taraki.

—27 de diciembre: intervención mil tar soviética. El 28, Hafizullah Amin, ase sinado, es reemplazado por Karmal, nom brado presidente del Consejo Revoluci nario.

1980

—14 de enero: la ONU pide "el retir inmediato, incondicional y total de l fuerzas extranjeras", voto que reiterar cada año.

—27 de enero: unión de los movimien tos de resistencia en una *Alianza Islámica*

—22 de febrero: manifestaciones ant soviéticas en Kabul. Ley marcial y toqu de queda con más de tres mil muertos

1982

—Abril: ofensiva de la resistencia en Paktia.

ADIOS IVAN

ción soviética en Afganistán ha sido justa, que fue una respuesta a un llamado de ayuda. Era justo brindar "ayuda internacional" a un país lindero amenazado por la "contrarrevolución". Pero ahora le parece que ha llegado el momento en que los afganos deben arreglarse solos. Está de acuerdo con la línea política soviética que intenta acelerar el retiro de Afganistán, aunque comprende a algunos de sus amigos que, por el contrario, quisieran retornar de inmediato allí para seguir viviendo una situación de guerra. Sabe que resulta difícil comprender ese deseo y trata de explicarlo contando sus sensaciones y experiencias vividas.

A los pocos meses de haber llegado a Afganistán cayó enfermo, afectado de hepatitis virósica. Trasladado a un hospital de la Unión Soviética, recibió la visita de su madre. Para ella fue terrible verlo en la cama de un hospital. Sin marido, con dos hijos, se aterró al darse cuenta, en aquel hospital, de que habría podido perder a su hijo en la guerra. Constantemente repetía: "Tenemos que hacer todo lo posible para que no te envíen nuevamente allí". Dima no entendía la reacción de su madre, él no hacía otra cosa que pensar en curarse y regresar de inmediato junto a sus compañeros. "Cómo no volver, si dejé allí a mis compañeros combatiendo, arriesgando sus vidas. No podría volver a mirarlos más a la cara si no volviera lo antes posible."

La madre, aunque no lograba entender a Dima, no opuso resistencia a su voluntad. Sólo allí, en ese hospital, fue donde la madre de Dima se dio cuenta de que su hijo había sido enviado a la guerra.

La pesadilla de la paz

Según la ideología oficial, entre 1979 y 1985 en Afganistán no existía la guerra. Ningún diario soviético había hablado jamás de ese hecho. Oficialmente, los soldados soviéticos habían sido enviados a Kabul sólo para garantizar la paz, amenazada por algunos *Dushmani,* nombre dado en pashtu a los rebeldes y cuyo significado era: *enemigos.* A esto se debe también que muchos repatriados no logran volver a ambientarse en la vida social soviética: no se los comprende, no se les cree. "Todavía hay muchas personas que no quieren aceptar la gran diferencia entre la realidad vivida por los soldados enviados a Afganistán y lo que la prensa oficial escribía hasta hace pocos meses." Dima, al igual que muchos otros jóvenes que tuvieron su misma experiencia, quedó marcado por la guerra. Por el fuerte lazo con sus compañeros, sentimientos nacidos en una situación de extremo peligro, por su existencia juvenil reducida a la lucha por la supervivencia.

Afirma que allí estrechó lazos de amistad profunda, que jamás antes había conocido en casa, durante la paz.

Dima es un ejemplo positivo, que retomó su lugar continuando sus estudios en la Academia Cinematográfica. Logró recuperar la experiencia realizada en el trabajo intelectual que hace en la actualidad. En cambio otros, muchos otros, no logran superar la pesadilla del regreso. Una vez que han llegado a su país, tienen derecho a tomarse vacaciones durante los tres primeros meses de su arribo, y luego deben reintegrarse al trabajo o reanudar los estudios. Muchos recurren a la droga, al alcohol, para olvidar los recuerdos de la guerra. Otros piden ser enviados de vuelta a Afganistán, otros se suicidan. No son episodios aislados, cuenta *Sobesednik,* el suplemento semanal del diario de la juventud comunista, en su ejemplar del 14 de enero.

Ahora se ha creado una clínica especial donde los veteranos de Afganistán se someten a curas de desintoxicación. "La mayor parte de los jóvenes que llegan —dice un médico de la clínica— *sufren* de recuerdos de guerra que les hacen desear un regreso inmediato al frente de combate." "Allí, no veíamos la hora de regresar a nuestro país —cuenta Nikilai Fotiev, condecorado con la Orden de la Estrella Roja y la medalla 'al valor', antes de regresar a casa, en 1984—. Ahora, tenemos la sensación de haber dejado allí las cosas que nos resultan más cercanas."

Sabe que muchos veteranos son ahora toxicómanos y los entiende. "Muchos se enferman de un mal incurable. Después de haber vivido la guerra, no logran vivir en la paz."

Hace un año —cuando en algunos diarios se comenzaba a hablar del problema de los soldados soviéticos en Afganistán— Volodia contaba: "Jamás digo a nadie dónde estuve, porque si lo hago, la gente se aleja y me trata como si fuese un animal raro. A veces tengo la impresión de que apenas digo que he combatido en Afganistán, la gente me mira con recelo, como si fuese un criminal escapado de la cárcel". El privilegio que le dieron cuando regresó a casa está representado por un carnet que le permite comprar cosas mejores que las que están a la venta en los negocios comunes y lo exime de hacer colas cuando va al *univermaf* o al *gastronom,* al cine y al teatro.

"Trato de no usarlo casi nunca. Ya tuve una experiencia desagradable con este carnet. Una vez que lo usé fui insultado por las otras personas que hacían cola y hasta hubo algunos que quisieron pegarme."

Vigilar y castigar

Muchos veteranos que regresaron a su país al cabo de dos años, lapso en el cual la sociedad soviética conoció nuevas aperturas, se muestran escandalizados ante el "desenfrenado consumismo" que ha invadido a la sociedad y la corrupción, denunciada cada vez más frecuentemente.

Y es así que decidieron constituirse en verdaderas bandas de "vigilantes" que supuestamente volverán a implantar el orden y la moral en el país. Este no es un fenómeno circunscripto sólo a algunas regiones, sino que por el contrario se desarrolla en modo preocupante, abarca tanto Siberia como los Urales, Moscú y Ashkhabad. Hasta las autoridades han comenzado a preocuparse. Estos grupos semiclandestinos practican el mito de la fuerza y de la preparación física. Los repatriados dan lecciones de karate a los nuevos reclutas y por la noche van a hacer "justicia".

Sus *blancos* preferidos son los hippies, los rockeros, los punk, aunque tampoco desdeñan a "los corruptos". El diario de la juventud comunista informaba sobre episodios de violencia en varias ciudades del país. En Moscú, actuaba, hasta hace pocos meses, un grupo "por la ley y por el honor". En un principio se formó para ayudar a los familiares de los soldados muertos en Afganistán. Pero al mismo tiempo se propuso otros objetivos: trataba de "desenmascarar" a las personas que actuaban en el *underground.*

En nombre de la deserción

La *glasnost* que comienza a implicar a Afganistán y sus repercusiones en la sociedad soviética sacó a la luz también otro aspecto del problema que no concierne a los veteranos, sino a muchos jóvenes que están en edad de hacer la conscripción: la deserción del servicio militar.

Parece que el reclutamiento para hacer la conscripción se convirtió en una gran pesadilla también para los jóvenes soviéticos y alcanzó cifras alarmantes, según señala el diario del partido, *Pravda,* que dedicó a este tema una amplia cobertura a fines de mayo del año pasado, aunque sin encontrar hasta ahora el modo adecuado para afrontarlo, entenderlo o resolverlo. Para *Pravda,* la deserción no es cosa de "hombres". Aunque este mismo concepto no parece ser compartido por muchos "hombres" —era el mismo diario el que lo denunciaba— que prefieren recurrir a prácticas "inmorales con tal de no asumir sus deberes".

El ejemplo dado era el de Sojun Peruijasov —ciudadano turkmeno— que se había inscripto como *Sojingul,* nombre de mujer. En la Unión Soviética, la lista de los muchachos que deben hacer el servicio militar se recopila de las listas registradas en las escuelas y lugares de trabajo. De modo que basta con "comprar" al responsable que redacta las listas. Es un *método* al cual recurrían muchos "varones", según comentaba el redactor de *Pravda.* Pocos días después, se publicó la carta de un padre que trató de evitar que su segundo hijo hiciera el servicio militar, "después de la muerte de mi primer hijo en Afganistán probé por todos los medios que no se asignara a mi segundo hijo el mismo destino —escribía desesperado el hombre—. Pero no lo logré y tuve que agregar otra cruz en la lista de mi familia".

En la última fase de la guerra los desertores fueron cada vez más numerosos y no comprendían sólo a los jóvenes de las repúblicas islámicas, porque eran reclutados sobre todo de las repúblicas del norte, decisión que se tomó para frenar las protestas por la participación religiosa manifestada en las repúblicas asiáticas y caucásicas, donde viven unos 50 millones de musulmanes: los tagiki, los uzbeki y los kazaki. El diario *Kommunist Tagiskstana* informó sobre la intervención del responsable de la KGB local, quien habló sobre la deserción al servicio militar como un fenómeno que alcanza a un número preocupante de jóvenes. También se refirió a la propaganda clandestina de la religión musulmana y de los llamados a la "guerra santa" contra el poder soviético. Según lo declarado por Vladimir Petkel, en los años '86 y '87, en la región de Tagikistán se procesó a decenas de jefes musulmanes clandestinos que instigaban a la deserción al servicio militar, porque de otro modo hubieran ido a combatir contra sus "hermanos musulmanes". Los tagiki pertenecen a la misma raza y hablan el mismo idioma que los afganos. Sin embargo, por motivos que no son religiosos, en las repúblicas soviéticas europeas comienzan a multiplicarse los "oradores". Si bien no hay números —además jamás se informó sobre el número de soldados que fueron a Afganistán durante estos últimos nueve años—, la atención con la cual se observa el fenómeno permite intuirlos.

Ya está muy distante el 24 de octubre de 1986 y las imágenes alegres que la televisión transmitía entonces. Era el día del regreso de 8000 soldados de Afganistán. Marchaban sonriendo, con sus uniformes pulcros, bien armados, felices de haber cumplido con su deber "internacional". Entonces fueron recibidos por el pueblo soviético con gratitud y en las regiones kolkosi y sovkosi las calles principales estaban vestidas de fiesta, con banderines, estrellas rojas y luces de artificio.

En el '86, estos ocho mil *shuraki* fueron festejados y acogidos con amor: habían combatido para ayudar a los amigos de un país lindero, habían combatido para rechazar el ataque que el imperialismo hacía a un pueblo amigo, aunque extranjero.


AFP

LA GUERRA DEL FIN DEL MUNDO

Estados Unidos y la Unión Soviética se felicitan por el acuerdo de Ginebra: Gorbachov exhibe el retiro de sus tropas como muestra de su nueva política exterior, mientras Reagan se lo adjudica como un triunfo propio. Pero en Afganistán la guerra no se termina.



Por Andrea Ferrari

Para las tropas que el miércoles cruzaron el fronterizo Puente de la Amistad, la guerra quedó definitivamente atrás. En Termez los esperaban flores, una banca militar y banderas que honraban a los "soldados internacionalistas que han cumplido valientemente con su deber". Pero el comienzo del retiro soviético demostró lo que ya era previsible: el acuerdo firmado en Ginebra no es sinónimo de paz para Afganistán. Mientras el primer convoy del Ejército Rojo emprendía el regreso, los rebeldes afganos atacaban con renovada energía: más ciudades y rutas estratégicas, peligrosamente cerca de Kabul, cayeron en manos de los mujahedin.

En la mesa de negociaciones de Ginebra se dejaron muchas pretensiones de lado. Pakistán terminó aceptando a regañadientes que no se acordara un gobierno de coalición con participación de los rebeldes para sustituir al prosoviético de Mohamed Najibula, pese a que eso no le garantiza la evacuación de los tres millones y medio de afganos refugiados en su territorio. Aceptó el principio de "no injerencia" y "no intervención" en Afganistán, que en la práctica significa que ese país no debe ser más la vía por la cual se reabastece la guerrilla. Moscú también tuvo que ceder en un aspecto que estuvo a punto de trabar el acuerdo: Estados Unidos no cesará inmediatamente la provisión de armas, como había insinuado antes. Triunfó lo que los norteamericanos dieron en llamar una "simetría positiva": en tanto Moscú siga entregando armamento al gobierno de Kabul, Washington hará lo propio con la guerrilla.

Los soldados soviéticos ya cuentan los días que les quedan en Afganistán: un cincuenta por ciento de los 115.000 hombres habrán partido antes de que termine agosto, y el resto en los seis meses siguientes. Para Washington esto es señal de que al gobierno de Najibula le queda poca vida. El Departamento de Estado llegó al punto de enviar un emisario a Peshawar —base paquistaní de la guerrilla— para informar a los líderes rebeldes que cuentan con su apoyo para formar un gobierno provisional, siempre que controlen un territorio extenso y tengan un amplio sostén del pueblo afgano. Pero el régimen de Kabul tiene algo a su favor: las múltiples diferencias entre las diez facciones integristas y nacionalistas, que pocas veces logran ponerse de acuerdo. Por ahora, la guerra civil sigue; aun si menguaran las armas, las dos partes recibieron en los últimos tiempos considerables refuerzos como para resistir varios embates.

De Saigón a Kabul

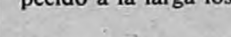
La comparación del conflicto afgano con la guerra de Vietnam se convirtió prácticamente en un lugar común. Ocho años de ocupación no permitieron a los soviéticos derrotar a los rebeldes, pero dejaron como saldo un millón de muertos y cinco millones de afganos refugiados en Pakistán e Irán. Los medios norteamericanos empezaron a hablar de "afganización" del conflicto, en alusión a la "vietnamización", un término acuñado veinte años atrás, cuando Estados Unidos comenzó a considerar la posibilidad de retirarse de la guerra. Pero la situación no es la misma: en aquel entonces el Congreso norteamericano interrumpió la ayuda a Saigón, mientras que Moscú piensa seguir apoyando al régimen de Kabul. Además, la Unión Soviética no carga con una presión de la opinión pública semejante a la que caracterizó el desenlace de Vietnam.

No es tanto una derrota lo que lleva a Gorbachov a retirar sus tropas de Afganistán como pintan en Estados Unidos. A poco de asumir el liderazgo soviético, la cabeza del Kremlin calificó el conflicto como una "herida abierta" y manifestó su intención de retirarse. La fecha elegida no es casual: dentro de una semana se realizará la cumbre Reagan-Gorbachov y la firma del acuerdo permitirá un clima más distendido para discutir la reducción de armamentos estratégicos.

Pero por sobre todo, Moscú pretende que la salida de Afganistán se interprete como una muestra coherente de la nueva política exterior de la Unión Soviética, alejándola de la doctrina Brezhnev, que reivindicaba su derecho a intervenir en otro estado socialista para apoyar a un régimen que peligrara. La invasión de 1979 le costó al Kremlin un rechazo internacional: las quejas no sólo provinieron de Estados Unidos, sino especialmente del Tercer Mundo y los países No Alineados. Ahora Gorbachov está intentando mejorar sus relaciones con varios países, entre ellos China, Irán y las naciones árabes. Evidentemente, eliminar una fricción como la de Afganistán contribuye a aceitar ese engranaje.

Sin embargo, la retirada no sólo se le presenta a Gorbachov como un requisito indispensable para mejorar su posición internacional. También hay razones internas. Durante mucho tiempo, el conflicto afgano fue tema tabú en la Unión Soviética. Los diarios casi no lo mencionan y no existían cifras oficiales de bajas ni honores para los veteranos. El año pasado con la glasnost se dispararon las primeras noticias capaces de conmocionar. Los medios de comunicación empezaron a publicar relatos de la vida de los soldados en Afganistán y emotivas cartas de las madres de los jóvenes. La televisión mostró por primera vez imágenes de los combates. El periodista-escritor Alexandre Porkhanov dijo en relación a la intervención que "se realizaron cálculos incorrectos; los expertos se equivocaron en su análisis de la situación de Afganistán, los especialistas en el Islam, los diplomáticos, los políticos y los militares cometieron errores".

Obviamente, Gorbachov podría haber evitado algunas de estas críticas. Pero la permanencia en un conflicto que no puede ganar y que costó unas 15.000 bajas en sus filas no podía mantenerse en la penumbra en medio de la reestructuración y habría entorpecido a la larga los planes del premier.

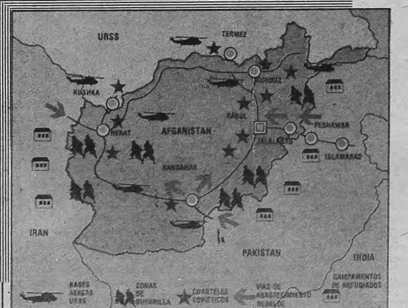


Cómo ganar amigos

La administración norteamericana muestra el retiro de las tropas soviéticas como un triunfo propio. En un año electoral, era previsible que los republicanos dijeran que la "debilidad" del demócrata Jimmy Carter dio lugar a la intervención y la "firmeza" de Reagan permite ahora el desenlace. Lo cierto es que también a Estados Unidos le conviene el acuerdo, especialmente ante la posibilidad de que el Congreso se muestre reticente a seguir aprobando la ayuda económica a los rebeldes, que en seis años sumó 4000 millones de dólares.

Pero la satisfacción de las dos superpotencias no es garantía para Afganistán. La guerrilla no quiere entablar negociaciones con el régimen actual, menos ahora que cree cercano el triunfo. Najibula, sin embargo, no piensa dar el brazo a torcer fácilmente. Pocos días antes de que se iniciara el retiro soviético puso en marcha una estrategia para mejorar su situación, tal vez la última carta que pueda jugar: su primera visita oficial fuera del bloque soviético tuvo como destino Nueva Delhi, donde lo recibieron con alfombra roja y 21 salvas de cañón. El primer ministro Rajiv Gandhi le prometió cooperación económica y apoyo diplomático, un gesto importante de un influyente país del movimiento no alineado. Es que el retiro de las tropas está provocando un inusual ajetreo diplomático, con enviados de un país a otro. La posibilidad de que con la decisión tomada la Unión Soviética mejore su posición en la región podría alterar el panorama; la India quiere asegurarse que nada entorpezca sus buenas relaciones con el Kremlin.

De todas formas, el recibimiento de Nueva Delhi parece uno de los pocos buenos augurios para Najibula en los últimos tiempos, siempre que no sea supersticioso. El último líder afgano que visitó esa ciudad fue Mohammed Daoud, en 1978. Pocos meses después fue destituido por un golpe militar.



LOS DIAS DEL CONFLICTO

1978

—27 de abril: el príncipe Mohammed Daud es derrocado y asesinado. Un consejo revolucionario presidido por el líder comunista Mohammed Taraki toma el poder. Los enfrentamientos provocan tres mil muertos. Babrak Karmal es nombrado viceprimer ministro y una resistencia islámica toma las armas.

1979

—Marzo: alzamientos en la región de Hérat, con un saldo de aproximadamente treinta mil muertos. Hafizullah Amin es nombrado primer ministro.

—16 de setiembre: golpe de Estado del primer ministro Hafizullah Amin y asesinato del jefe de Estado, Mohammed Taraki.

—27 de diciembre: intervención militar soviética. El 28, Hafizullah Amin, asesinado, es reemplazado por Karmal, nombrado presidente del Consejo Revolucionario.

1980

—14 de enero: la ONU pide "el retiro inmediato, incondicional y total de las fuerzas extranjeras", voto que reiterará cada año.

—27 de enero: unión de los movimientos de resistencia en una *Alianza Islámica.*

—22 de febrero: manifestaciones antisoviéticas en Kabul. Ley marcial y toque de queda con más de tres mil muertos.

1982

—Abril: ofensiva de la resistencia en el Paktia.

—Mayo-junio: ofensiva soviética en Panshir.

—16 de agosto: primeras negociaciones en Ginebra, bajo la mediación de la ONU, entre Kabul y Pakistán.

1983-1985

—Cada año: grandes ofensivas soviéticas (Herat, Panshir, Kunar) y avances de la resistencia.

1986

—4 de mayo: destitución oficial de Karmal, reemplazado por Najibula, jefe de Khad (policía secreta).

—Octubre: retirada de seis regimientos soviéticos. La entrega de misiles antiaéreos, proporcionados a la resistencia por Estados Unidos, provoca pérdidas aéreas soviéticas.

1987

—15 de enero: Kabul proclama un cese del fuego unilateral y una amnistía, decisiones que no prosperan.

—Diciembre: Gorbachov anuncia que Moscú ha tomado la decisión política de retirar sus tropas.

1988

—8 de febrero: Gorbachov anuncia que la retirada soviética comenzará bajo condiciones el 15 de mayo y se extenderá durante diez meses.

—2 de marzo: reanudación de las negociaciones "indirectas" de Ginebra.

—8 de abril: anuncio de un acuerdo en Ginebra sobre la retirada militar soviética.

ERRA DEL FIN DEL MUNDO

Estados Unidos y la Unión Soviética se felicitan por el acuerdo de Ginebra: Gorbachov exhibe el retiro de sus tropas como muestra de su nueva política exterior, mientras Reagan se lo adjudica como un triunfo propio. Pero en Afganistán la guerra no se termina.

Por Andrea Ferrari

Para las tropas que el miércoles cruzaron el fronterizo Puente de la Amistad, la guerra quedó definitivamente atrás. En Termez los esperaban flores, una banca militar y banderas que honraban a los "soldados internacionalistas que han cumplido valientemente con su deber". Pero el comienzo del retiro soviético demostró lo que ya era previsible: el acuerdo firmado en Ginebra no es sinónimo de paz para Afganistán. Mientras el primer convoy del Ejército Rojo emprendía el regreso, los rebeldes afganos atacaban con renovada energía: más ciudades y rutas estratégicas, peligrosamente cerca de Kabul, cayeron en manos de los mujahedin.

En la mesa de negociaciones de Ginebra se dejaron muchas pretensiones de lado. Pakistán terminó aceptando a regañadientes que no se acordara un gobierno de coalición con participación de los rebeldes para sustituir al prosoviético de Mohamed Najibula, pese a que eso no le garantiza la evacuación de los tres millones y medio de afganos refugiados en su territorio. Aceptó el principio de "no injerencia" y "no intervención" en Afganistán, que en la práctica significa que ese país no debe ser más la vía por la cual se reabastece la guerrilla. Moscú también tuvo que ceder en un aspecto que estuvo a punto de trabar el acuerdo: Estados Unidos no cesará inmediatamente la provisión de armas, como había insinuado antes. Triunfó lo que los norteamericanos dieron en llamar una "simetría positiva": en tanto Moscú siga entregando armamento al gobierno de Kabul, Washington hará lo propio con la guerrilla.

Los soldados soviéticos ya cuentan los días que les quedan en Afganistán: un cincuenta por ciento de los 115.000 hombres habrán partido antes de que termine agosto, y el resto en los seis meses siguientes. Para Washington esto es señal de que al gobierno de Najibula le queda poca vida. El Departamento de Estado llegó al punto de enviar un emisario a Peshawar —base paquistaní de la guerrilla— para informar a los líderes rebeldes que cuentan con su apoyo para formar un gobierno provisional, siempre que controlen un territorio extenso y tengan un amplio sostén del pueblo afgano. Pero el régimen de Kabul tiene algo a su favor: las múltiples diferencias entre las diez facciones integristas y nacionalistas, que pocas veces logran ponerse de acuerdo. Por ahora, la guerra civil sigue; aun si menguaran las armas, las dos partes recibieron en los últimos tiempos considerables refuerzos como para resistir varios embates.

De Saigón a Kabul

La comparación del conflicto afgano con la guerra de Vietnam se convirtió prácticamente en un lugar común. Ocho años de ocupación no permitieron a los soviéticos derrotar a los rebeldes, pero dejaron como saldo un millón de muertos y cinco millones de afganos refugiados en Pakistán e Irán. Los medios norteamericanos empezaron a hablar de "afganización" del conflicto, en alusión a la "vietnamización", un término acuñado veinte años atrás, cuando Estados Unidos comenzó a considerar la posibilidad de retirarse de la guerra. Pero la situación no es la misma: en aquel entonces el Congreso norteamericano interrumpió la ayuda a Saigón, mientras que Moscú piensa seguir apoyando al régimen de Kabul. Además, la Unión Soviética no carga con una presión de la opinión pública semejante a la que caracterizó el desenlace de Vietnam.

No es tanto una derrota lo que lleva a Gorbachov a retirar sus tropas de Afganistán como pintan en Estados Unidos. A poco de asumir el liderazgo soviético, la cabeza del Kremlin calificó el conflicto como una "herida abierta" y manifestó su intención de retirarse. La fecha elegida no es casual: dentro de una semana se realizará la cumbre Reagan-Gorbachov y la firma del acuerdo permitirá un clima más distendido para discutir la reducción de armamentos estratégicos.

Pero por sobre todo, Moscú pretende que la salida de Afganistán se interprete como una muestra coherente de la nueva política exterior de la Unión Soviética, alejándola de la doctrina Brezhnev, que reivindicaba su derecho a intervenir en otro estado socialista para apoyar a un régimen que peligrara. La invasión de 1979 le costó al Kremlin un rechazo internacional: las quejas no sólo provinieron de Estados Unidos, sino especialmente del Tercer Mundo y los países No Alineados. Ahora Gorbachov está intentando mejorar sus relaciones con varios países, entre ellos China, Irán y las naciones árabes. Evidentemente, eliminar una fricción como la de Afganistán contribuye a aceitar ese engranaje.

Sin embargo, la retirada no sólo se le presenta a Gorbachov como un requisito indispensable para mejorar su posición internacional. También hay razones internas. Durante mucho tiempo, el conflicto afgano fue tema tabú en la Unión Soviética. Los diarios casi no lo mencionan y no existían cifras oficiales de bajas ni honores para los veteranos. El año pasado con la glasnost se dispararon las primeras noticias capaces de conmocionar. Los medios de comunicación empezaron a publicar relatos de la vida de los soldados en Afganistán y emotivas cartas de las madres de los jóvenes. La televisión mostró por primera vez imágenes de los combates. El periodista-escritor Alexandre Porkhanov dijo en relación a la intervención que "se realizaron cálculos incorrectos; los expertos se equivocaron en su análisis de la situación de Afganistán, los especialistas en el Islam, los diplomáticos, los políticos y los militares cometieron errores".

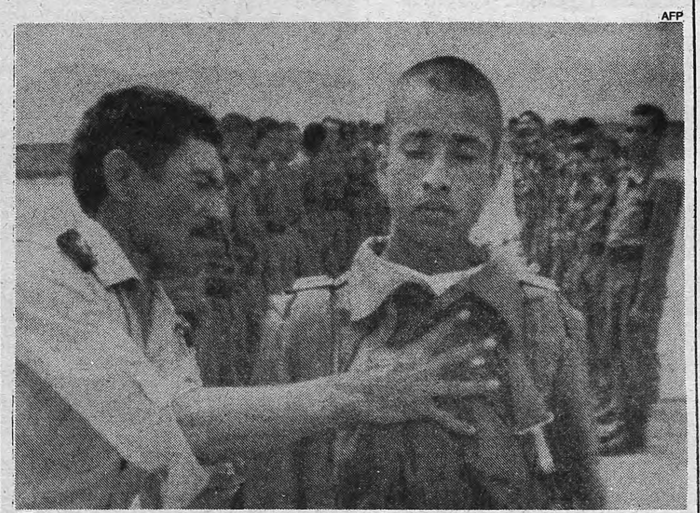
Obviamente, Gorbachov podría haber evitado algunas de estas críticas. Pero la permanencia en un conflicto que no puede ganar y que costó unas 15.000 bajas en sus filas no podía mantenerse en la penumbra en medio de la reestructuración y habría entorpecido a la larga los planes del premier.

Cómo ganar amigos

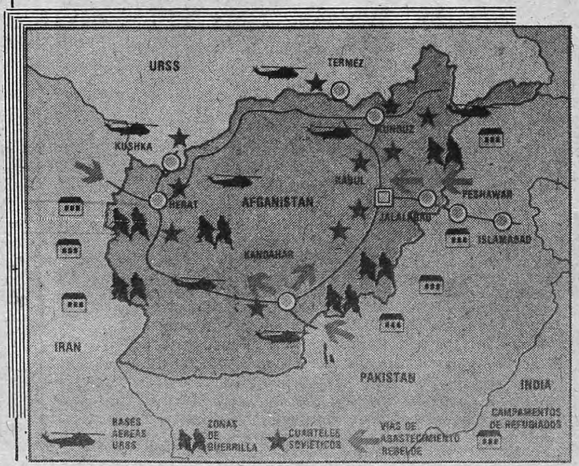
La administración norteamericana muestra el retiro de las tropas soviéticas como un triunfo propio. En un año electoral, era previsible que los republicanos dijeran que la "debilidad" del demócrata Jimmy Carter dio lugar a la intervención y la "firmeza" de Reagan permite ahora el desenlace. Lo cierto es que también a Estados Unidos le conviene el acuerdo, especialmente ante la posibilidad de que el Congreso se muestre reticente a seguir aprobando la ayuda económica a los rebeldes, que en seis años sumó 4000 millones de dólares.

Pero la satisfacción de las dos superpotencias no es garantía para Afganistán. La guerrilla no quiere entablar negociaciones con el régimen actual, menos ahora que cree cercano el triunfo. Najibula, sin embargo, no piensa dar el brazo a torcer fácilmente. Pocos días antes de que se iniciara el retiro soviético puso en marcha una estrategia para mejorar su situación, tal vez la última carta que pueda jugar: su primera visita oficial fuera del bloque soviético tuvo como destino Nueva Delhi, donde lo recibieron con alfombra roja y 21 salvas de cañón. El primer ministro Rajiv Gandhi le prometió cooperación económica y apoyo diplomático, un gesto importante de un influyente país del movimiento no alineado. Es que el retiro de las tropas está provocando un inusual ajetreo diplomático, con enviados de un país a otro. La posibilidad de que con la decisión tomada la Unión Soviética mejore su posición en la región podría alterar el panorama; la India quiere asegurarse que nada entorpezca sus buenas relaciones con el Kremlin.

De todas formas, el recibimiento de Nueva Delhi parece uno de los pocos buenos augurios para Najibula en los últimos tiempos, siempre que no sea supersticioso. El último líder afgano que visitó esa ciudad fue Mohammed Daoud, en 1978. Pocos meses después fue destituido por un golpe militar.



AFP



CONFLICTO

—*Mayo-junio:* ofensiva soviética en Panshir.

—*16 de agosto:* primeras negociaciones en Ginebra, bajo la mediación de la ONU, entre Kabul y Pakistán.

1983-1985

—*Cada año:* grandes ofensivas soviéticas (Herat, Panshir, Kunar) y avances de la resistencia.

1986

—*4 de mayo:* destitución oficial de Karmal, reemplazado por Najibula, jefe de Khad (policía secreta).

—*Octubre:* retirada de seis regimientos soviéticos. La entrega de misiles antiaéreos, proporcionados a la resistencia por Estados Unidos, provoca pérdidas aéreas soviéticas.

1987

—*15 de enero:* Kabul proclama un cese del fuego unilateral y una amnistía, decisiones que no prosperan.

—*Diciembre:* Gorbachov anuncia que Moscú ha tomado la decisión política de retirar sus tropas.

1988

—*8 de febrero:* Gorbachov anuncia que la retirada soviética comenzará bajo condiciones el 15 de mayo y se extenderá durante diez meses.

—*2 de marzo:* reanudación de las negociaciones "indirectas" de Ginebra.

—*8 de abril:* anuncio de un acuerdo en Ginebra sobre la retirada militar soviética.

EL BAZAR DE LA GUERRA

Mientras la guerrilla afgana intenta superar sus divisiones internas para continuar la guerra tras el retiro de los soviéticos, en un hotel de Pakistán conviven espías, traficantes de joyas, drogas y armas, con rebeldes y periodistas atraídos por el conflicto.



Por Adriana Schettini

Los doscientos kilómetros que separan Kabul de la ciudad paquistaní de Peshawar encerraron durante siglos un reposo codiciado para los viajeros: *Quesa Jawani, la calle de los narradores de historias.* Allí, las casas de té —que aún existen— invitaban a una pausa y los narradores profesionales vendían la actualidad en forma de cuento.

Ya no quedan cuentistas en la zona. Sin embargo, la realidad se sigue susurrando. *Quesa Jawani* ha sido reemplazada por el *Green's Hotel*, un reducto en Peshawar donde espías, traficantes de drogas y armas, mercenarios y periodistas intercambian información sobre el conflicto. Por una suma que oscila entre los trece y veinte dólares la noche, el *Green's* ofrece una ventana hacia la guerra de Afganistán y la inefable posibilidad de entablar contacto con los *mujahedin* (rebeldes afganos) cuya base de operaciones se ubica en Peshawar, una ciudad que antes de la guerra contaba con 300.000 habitantes y que a partir de la entrada masiva de refugiados afganos se convirtió en una caótica metrópoli donde conviven un millón de personas que en los últimos dos años soportaron un promedio de un bombardeo cada diez días con un saldo de 92 muertos y 553 heridos.

En Peshawar los periodistas —a la manera de los antiguos narradores— buscan historias y a veces sólo obtienen leyendas. Así, la escritora británica Doris Lessing pasó semanas completas entrevistando gente, ansiosa por obtener datos de un mítico grupo guerrillero integrado exclusivamente por mujeres y liderado por una joven llamada Maryam.

Numerosos reporteros de TV que trabajaban freelance hicieron que los *mujahedin* efectuaran disparos en el aire y abusaran de los prisioneros al solo efecto de obtener material. En Peshawar nada es imposible si uno está dispuesto a pagar el precio. Llegar a Afganistán suele ser la ambición de cuanto periodista y fotógrafo transita por los pasillos del *Green's*. Algunos compran el "nickel tour": un vuelo rápido sobre la frontera, la vista de una distante estela de vapor de un jet soviético, unos pocos tiros disparados contra algún insignificante puesto de avanzada del gobierno afgano, y de vuelta a Peshawar. Otros, aseguran que conviene arreglar previamente con los *mujahedin* la posibilidad de compartir por unos días la suerte de alguna de las diez facciones en que están divididos los rebeldes, sean las siete que están coaligadas en la Alianza Islámica —sunnita— o alguna de las otras tres, de credo chiita.

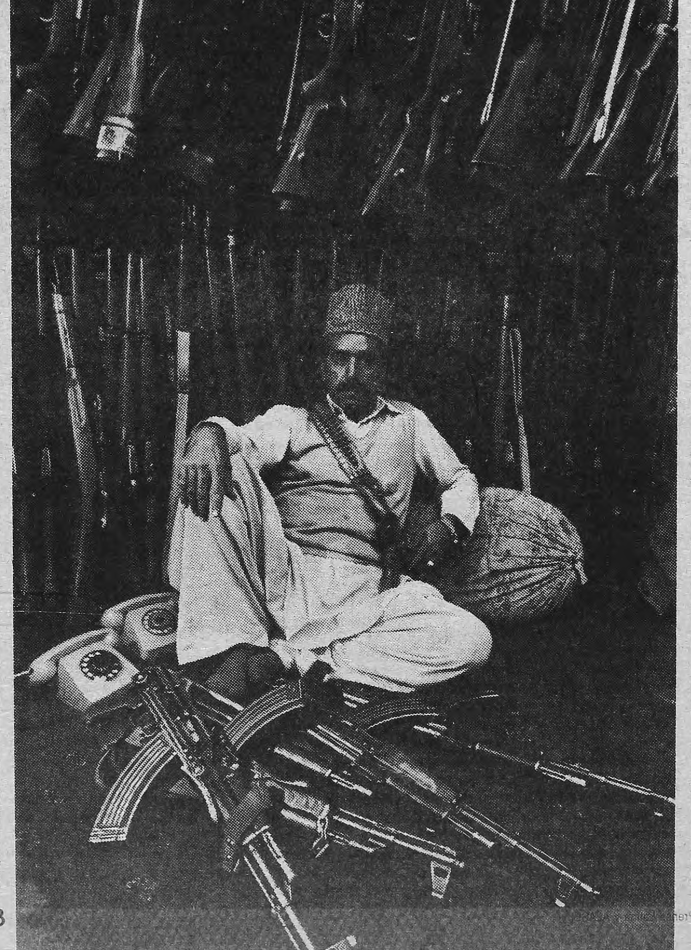
Versiones de la guerra

Pocos días después de que Najibula y Gorbachov firmaran en Tashkent la retirada de las tropas soviéticas, los *mujahedin* derribaron un avión de pasajeros fabricado en la URSS. "Los acuerdos no nos obligan. Aun en el caso de que los soviéticos comiencen la retirada, nosotros atacaremos", manifestó Gulgudin Hekmatyar, quien tras sustituir al moderado Yunus Yales en el liderazgo de la Alianza Islámica conduce los cuatro grupos islámicos fundamentalistas y los tres que representan a las autoridades tribales tradicionales.

Las belicosas declaraciones de Hekmatyar intensificaron los rumores en el *Green's*. "No les va a ser tan fácil continuar la guerra", sentenció Lizard King, un espía cuya profesión es tan conocida como el sombrero de astrakán que lleva puesto a toda hora. "Expulsados los soviéticos, los *mujahedin* que hoy dominan las tres cuartas partes del territorio perderán el único objetivo que hasta ahora compartían todas las facciones", concluyó Lizard King, quien, asimilado a la fauna del *Green's*, parece haber olvidado si trabaja para la policía, los soviéticos o los afganos. O para todos ellos.

Los periodistas se convirtieron en cazadores de *mujahedin* que pudieran responder a sus preguntas. ¿Cómo superarán las diferencias ideológicas y tácticas entre los tradicionalistas de corte prooccidental y dispuestos a una relación de buena voluntad con la Unión Soviética y los seguidores de Hekmatyar, dispuestos a instaurar en Afganistán una revolución islámica al estilo de Irán? ¿Consideran que seguirán contando con el apoyo económico de los Estados Unidos —que el año pasado sumó 710 millones de dólares— a pesar de la radicalización de la guerrilla y el alejamiento de los soviéticos? Las preguntas se repitieron una y otra vez. Las respuestas fueron tan diversas como los informantes.

El contrabando de heroína, hashish y joyas es parte de la guerra. Nigel es un contrabandista especializado en esmeraldas y lapislázuli. En Peshawar recibe la mercadería proveniente de Afganistán y la entrega en Europa. Sus proveedores, los *mujahedin*, junto con las joyas suelen venderle información que él comercializa en el *Green's* entre viaje y viaje. Su última oferta es la opinión del ex rey afgano Zahir Shah, exiliado en Roma desde 1978, quien considera —al igual que las tres guerrillas moderadas— que debe ser una *jirga* (consejo tribal) quien decida el futuro del país.



"Tomaremos Kabul en menos de dos meses después del abandono soviético", declaró Abdul Haqu, un comandante de la guerrilla afgana que desde el 11 de octubre pasado —cuando una mina le arrancó la mitad de su pie derecho— organiza a sus hombres desde el cuartel general en Peshawar. La polémica encuentra un nuevo pretexto y recomienza eternamente.

Perfume de mujer

En un rincón del comedor del hotel una periodista extranjera entabla contactos para ingresar al territorio afgano. Finalmente podrá comprobar cómo viven las mujeres en un país donde el 90 por ciento son analfabetas.

El viaje transcurre en las aldeas alejadas de Kabul, con casas de madera, piedra y barro seco, donde los *mujahedin* se refugian entre batalla y batalla. Allí, el tiempo parece detenido. Sin embargo, los efectos de la guerra modificaron los hábitos milenarios. Maleca, una mujer de rostro color ocre, se sacude la babucha que lleva debajo del vestido y sintetiza su historia: "Mi marido murió *la muerte de los mártires*", dice con el gesto místico de quien cree que la guerra contra el gobierno afgano es "santa" por ser contra los *horav* y *kafer* (infieles), como denominan a los soviéticos. "Según la tradición yo debería casarme con mis cuñados —agrega— pero no puedo hacerlo porque están en la guerra".

Soofi Akbar, un jefe de aldea, explica que las jóvenes deben permanecer encerradas en sus casas para evitar la seducción antes de los 14 años, momento en el que ingresan al mercado. Antes se las vendía por 200 mil afganos (equivalente a 20.000 australes). Desde el comienzo de la guerra la cotización de las mujeres subió como la de todo otro producto. Hoy se paga un mínimo de 300 mil afganos por una futura esposa.

Farisa ordena en un armario las tazas "made in France" y relata la historia de su hermana que "nació bajo una mala estrella". Se casó, vive lejos y no logra tener hijos. "Su marido amenaza con abandonarla. El tiene una nueva esposa —explica— pero es generoso y a mi hermana la conserva como criada a pesar de la maldición que la dejó estéril."

Un grupo de hombres discute sobre las cosechas y la falta de armas. Las mujeres, cumpliendo el rito, se ocultan tras sus velos ante la aparición de un varón. Un niño de 13 años escribe una leyenda en su fusil: *"Rodafez"*, que significa adiós. Seguramente se despide de los soviéticos pero no aún de la guerra.